

No es fácil ser gonzo

El último dinosaurio
(Hunter S. Thompson, 2013)

ANTONIO MARCOS

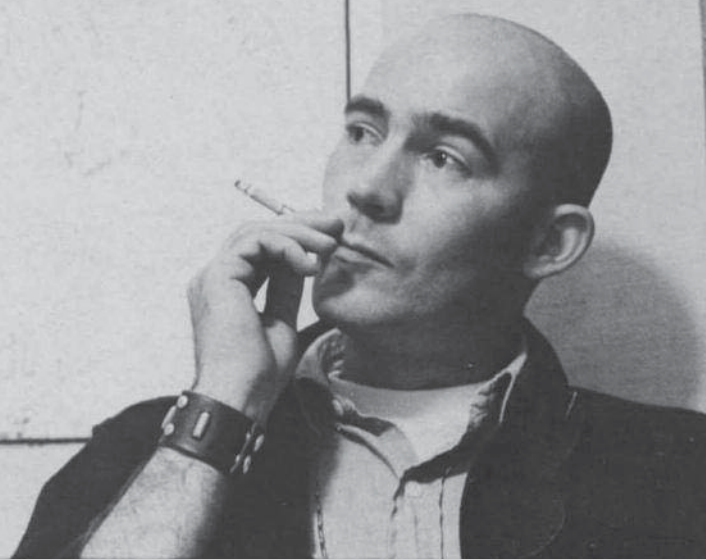
Hunter S. Thompson inventó una forma extraña y desquiciada de hacer periodismo, un género que nació con él y, pese a sus numerosos imitadores, le acompañó al firmamento un día del año 2005 cuando fueron esparcidas al viento sus cenizas con un cohete de fuegos artificiales. A su estilo se le llamó periodismo gonzo, y tanto en su génesis como en su práctica habitual en revistas como *Rolling Stone* o *Playboy* cobra vital importancia el concepto de archivo. *El último dinosaurio*, que acaba de publicar la editorial Gallo Nero, ha buceado en la hemeroteca para reco-

pilar las entrevistas más jugosas que concedió el Doctor Gonzo a lo largo de su carrera.

El primer escrito gonzo es un reportaje que la revista deportiva *Scalan's Monthly* le encargó sobre el Derby de Kentucky, una histórica carrera de caballos. Después de algunas peripecias —como rociar la tribuna del gobernador con un spray de pimienta—, regresó a un hotel de Nueva York para escribir la historia. Había redactado dos páginas y la revista esperaba su texto para imprimirse. “Cada hora enviaban a un chico de los recados o a quien fuera para ver lo que había hecho,

y la presión empezó a crecer en silencio como si fuera un grito parecido al silbato de los perros, ya sabes, que no lo puedes oír pero está ahí”. Así que la solución fue arrancar directamente de su cuaderno las páginas de notas y enviarlas a la redacción. “Pensé que en cualquier momento sonaría el teléfono y me caería un chaparrón de insultos por parte del que estuviera en Nueva York editando eso. Me senté cómodamente y me puse a ver la televisión”, confesaba en una entrevista concedida a la revista *High Times* en 1977.

La reacción de los editores supuso el comienzo del gonzo



como género: la composición de un relato sobre la realidad a partir de fragmentos donde el periodista se convierte en protagonista y el hecho en sí pasa a un segundo plano. Y, con una lectura archivística, la integración directa en la narración de lo que de otra manera hubiera sido un material de archivo que habríamos conocido o no, depende de lo cuidadoso que hubiera sido Thompson con sus papeles. Y, pese a su imagen de cowboy que no dejó ninguna droga por probar, sí cuidó su archivo. El actor Johnny Depp —que le interpretó en la versión cinematográfica de *Miedo y asco en Las Vegas*, lo compró en 2008 y de su fondo se han obtenido valiosos documentos para entender al escritor: sus más que interesantes cartas (publicadas en España por Anagrama) o las cintas de audio en las que iba grabando sus impresiones de su trabajo de campo para cada reportaje, las *Gonzo Tapes*, editadas por Shout Factory.

Este libro constituye una excelente puerta de entrada para conocer la personalidad y las opiniones sobre periodismo, literatura y política que caracterizaron al autor: desde 1967, cuando acababa de escribir su célebre libro sobre *Los Ángeles del Infierno*, el salvaje grupo de

motoristas, hasta 2004, poco tiempo antes de su muerte. Conocedor del lenguaje de los medios de comunicación, Thompson se muestra deslenguado y feroz en sus afirmaciones, especialmente respecto a la política norteamericana: fue un hijo de los años sesenta, cuando un artículo en un periódico todavía podía provocar la dimisión de un presidente del país más poderoso del mundo. Provoca una sonrisa imaginar qué habría hecho Thompson en esa célebre rueda de prensa donde Mariano Rajoy se dirigió a los medios a través de una pantalla de plasma.

Pese a que el gonzo se caracteriza por cierta urgencia en su elaboración y, sobre todo, por narrar una realidad percibida a través de los estados alterados de conciencia inducidos por las drogas, que nadie lo confunda con la precariedad periodística —laboral y crítica— actual. Thompson dedicaba mucho tiempo y dinero a la elaboración de sus reportajes y vivió holgadamente de ello. Y su voluntad de estilo, de hacer literatura con la realidad, se revela en la manera que tenía de mantener engrasada su prosa: copiaba a máquina textos de Hemingway, Scott Fitzgerald o Faulkner para asimilar el ritmo de su lenguaje.

A través de las entrevistas recogidas en el libro y de su disposición en orden cronológico comprobamos también cómo el paso del tiempo modela no tanto sus opiniones sino la fuerza con la que defiende el personaje que creó de sí mismo, posiblemente su mayor creación. “Puedes quedarte con la fama y yo trataré con el dinero a partir de ahora”, decía a sus seguidores en un encuentro en Richmond en 1978. Como periodista, nunca esperó tanta atención sobre su persona y quizá su epatante discurso acerca de su vida salvaje no fuera sino una especie de máscara tras la que protegerse. A lo largo del libro esa máscara va cayendo, como también volviéndose más desesperanzado acerca de la cultura y la política. Al fin y al cabo, ni él ni sus doctores esperaban que viviera mucho más allá de los treinta años, dado el ritmo de vida que llevaba.

Murió con sesenta y ocho, dejando todo un legado literario y simbólico. Thompson suele figurar en las enciclopedias como el gran narrador del derribe del sueño americano, pero, como Chuck Crowley decía en una reciente presentación del libro, realmente él fue el sueño americano: vivir a tu manera por encima de todo. ■

